

Sonia Picado S.

*Directora Ejecutiva
Instituto Interamericano de Derechos Humanos*

Hace casi 500 años, grupos de aventureros quisieron encontrar tierras para la conquista. Llegaron a una de las regiones más verdes, calurosas y transparentes del planeta; se encontraron con la exuberancia del Caribe, la sabiduría Maya-Inca, el azul blanco intenso del Pacífico, la cadena fuego y oro de Los Andes; pretendieron barrer con una cultura que resultó indómita y jamás se dobló; era América, nuestra América, que ahora a casi 500 años lucha ineludible y digna por sus Derechos Humanos.

Un político y filósofo de nuestro tiempo, Ortega y Gasset, nos habla de un patriotismo afirmativo que suele ser, nos dice, pecaminoso y grosero; es un patriotismo estático que hace de la patria un objeto de alabanza y placer. A este patriotismo estático contraponen el patriotismo negativo; amar la Patria es hacerla y mejorarla, un problema a resolver, una tarea a cumplir, un edificio a levantar, esto es la Patria. En igual forma, quienes estamos aquí tenemos la obligación y el deber de hacer de nuestra patria grande, América, objeto de una labor constante de dedicación y esfuerzo, poniendo en relación

dialéctica el afecto profundo y la crítica certera a fin de responder a los retos que la situación actual nos presenta. El Instituto Interamericano de Derechos Humanos está permanentemente en los países de América, organizando seminarios, consultorías, foros e investigaciones actuales y partiendo de nuestros principios y objetivos, respeto humano, pluralismo ideológico, fortalecimiento democrático. Esta situación privilegiada nos permite analizar con objetividad el panorama real de nuestro continente y señalar que esta década que vio nacer y crecer al Instituto, ha sido crítica para los derechos civiles y políticos y totalmente perdida para la vigencia real de los derechos económicos y sociales.

La década marcó el ocaso de varios regímenes de facto; algunas sociedades entraron a procesos electorales cuando hacían un balance trágico de las víctimas torturadas y desaparecidas. Estos procesos pusieron fin a largos períodos donde prevaleció la intransigencia, la discriminación y distintas formas de violencia, así América Latina percibió un tímido pero esperanzador aliento democrático. Ahora con la realización este año de 14 procesos electorales entendemos que la legitimación de la democracia moderna estará determinada en última instancia por el carácter y nivel de vigencia que tengan los Derechos Humanos. El Instituto contribuye a fortalecer este proceso, llevando a cabo procesos, programas de asesoría y capacitación electoral en numerosos países de América: El Salvador, Bolivia, Honduras, Chile, Paraguay y Nicaragua.

Creemos firmemente en la necesidad de consolidar procesos contruidos con una base amplia de participación ciudadana, creemos en una democracia que nos permita cambiar periódicamente de gobernantes, pero que a la vez haga posible los principios de igualdad ante la ley. Tenemos fe en una democracia que permita sin obstáculos el juego de opiniones diversas, al igual que la

defensa de los desposeídos, una democracia que con sus límites sea la base de la convivencia pacífica; fundamentalmente necesitamos una democracia que, aún incipiente y formal, sea la alternativa frente al odio indiscriminado, una democracia que consolidándose sea la respuesta social ante el despojo de tierras ancestrales, de detenciones abusivas, de desapariciones, tortura y guerra; democracia afirmada en un estado de derecho que nos haga obviar la perversidad de esta década frente a los derechos civiles.

En esta década se han percibido avances en los Derechos Humanos, se ha ampliado el debate sobre su conceptualización, la integralidad y amplitud de los Derechos Humanos, ha sido respaldada por la conciliación de un vasto movimiento civil por su defensa y protección. Los pueblos indígenas no sólo reclaman el cese de la discriminación, sino con razón y justicia debaten sobre su autonomía; los Derechos Humanos se han convertido en el principal tema de ética política en la esfera internacional.

A pesar de esta difícil década, debemos creer que la paz y la democracia son posibles sin los cañones y las armas, hace falta creer en que por medios pacíficos y por la sabiduría de la palabra se pueden solucionar los conflictos. Hace falta creer que las estructuras económicas pueden cambiarse para satisfacer las necesidades mínimas de las mayorías; hace falta creer que es posible diseñar y construir democráticamente regímenes que ofrezcan espacios legales al trabajador y al campesino en el reclamo de sus derechos básicos. En este proceso es indispensable contar con la solidaridad entre los pueblos, pero fundamentalmente con el compromiso ineludible de sus grandes líderes políticos.

Muchos siglos atrás, en *La República*, Platón otorga la responsabilidad del gobierno a los filósofos gobernantes, estimando que mientras los filósofos no se enseñoreen

de las ciudades o los que ahora se llaman reyes y soberanos no practiquen la filosofía con suficiente autenticidad no habrá reposo para los males de la ciudad ni siquiera al parecer para los de linaje humano.

Nos corresponde en este Seminario que hoy inauguramos, ejercer el oficio más noble, cual es filosofar sobre lo político, dialogar sobre nuestras democracias y buscar soluciones a un continente que las necesita angustiosamente. Es importante destacar cómo, a partir del carácter universal de los Derechos Humanos, diferentes culturas, diferentes pueblos pueden darse la mano y luchar por metas comunes. Estoy segura de que estos espacios de solidaridad permitirán que nuestro continente encuentre, en la lucha por los Derechos Humanos, la fórmula de su identidad.

Excelentísimo señor Presidente, amigos venezolanos, gracias por recibirnos en su tierra, parte de nuestra tierra, América. El 17 de diciembre de 1830, en el mundo mágico de García Márquez, el General cruzó los brazos contra el pecho y empezó a oír las voces radiantes de los esclavos cantando la salve de las seis en los trapiches, y vio por la ventana el diamante de Venus en el cielo que se iba para siempre, las nieves eternas, la enredadera nueva cuyas campanulas amarillas no vería florecer el sábado siguiente en la casa cerrada por el duelo, los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos volvería a repetirse.

En ese laberinto que tanto amó y angustió a Bolívar, hombres y mujeres de muchas generaciones seguimos admirando el diamante de venus en el cielo, las nieves eternas, las campanulas amarillas, pero al mismo tiempo seguiremos luchando contra la esclavitud del negro, del indio, de la mujer, del marginado, con fuerza y dignidad, con espíritu indomable a fin de dar pleno sentido a la existencia humana en esa cintura cósmica y transparente, nuestra América.